

# Sanador herido

Edwin Herney Garcés Caicedo

Cuando era un pequeño niño de dos años y medio de edad, encontré una botella con cierto liquido (agua o gaseosa debí pensar) y bebí solo un poco. De ahí en adelante todo me lo narra mi madre:

“Estaba trabajando en la escuela. Cuando llegaron con la noticia, el corazón parecía salir de mi pecho. Corrí y te encontré ahí, tiradito, y con la carita morada. Parecía que no había nada que hacer. Pensé, es mi hijo. ¡No se puede morir! Todo parecía moverse a mi alrededor, los sonidos no eran claros y estábamos en el puesto de salud del pueblo donde la enfermera poco podía hacer.

Intentábamos que despertaras y vomitaras lo que habías tomado. Todavía no está muerto, debemos llevarlo al hospital de Bolívar (municipio al sur del Cauca), escuché. De inmediato, aturdida por lo que estaba pasando, subí a la ambulancia pensando en que tal vez las dos horas que nos llevaría el viaje serían demasiado y no ibas a aguantar. Sin embargo, mi esperanza no decaía. Don Heremias, amigo de la familia, me acompañaba y me daba apoyo. Tranquila, me decía, todavía está vivo, todavía respira.

Así pasaron dos horas de viaje sobre una carretera sin pavimentar lo que hacía el viaje aun más angustiioso. Llegamos al hospital donde me daban pocas esperanzas mientras veía que tus ojos se iban y miraban como mirando la nada. Los doctores me decían que te tenían que operar de inmediato pues tu garganta estaba quemada. Pero esta era una operación muy compleja y te teníamos que llevar hasta Popayán. Pensé lo peor pues eran por lo menos 5 horas de viaje, pero no me iba a rendir y de inmediato continuamos el camino hacia Popayán donde llegaste ya casi sin signos vitales. De inmediato, te llevaron al quirófano y te hicieron las cirugías necesarias. Gracias a Dios y a los médicos que te atendieron, sobreviviste”.

Cada vez que mi mamá me narra esto, termina casi llorando y pienso otra vez ¿Por qué me salve? ¿Cuál es el motivo para estar vivo? Me imagino que si Dios me salvó, es por algo No todo el mundo toma acido sulfúrico y se salva o al menos termina sin consecuencias físicas evidentes.

Durante varios años tuve que ir a que me hicieran dilataciones que eran muy incómodas pues después de cada una, no podía comer por un día. Pero nunca me había asustado tanto como en la última dilatación que me hicieron. Tenía al menos 10 años. Recuerdo que ese día me sentí especialmente preocupado y algo nervioso. Todo parecía decirme que no me debían realizar la dilatación. Mi brazo derecho estaba lleno de chuzones de aguja pues la enfermera no me encontraba la vena para sacarme la muestra de sangre que debía tomar previa al procedimiento. Luego me llevaron a la camilla, llorando, donde incluso esperé un descuido de los médicos para escapar, pero fallé en mi intento y obligado me llevaron de nuevo a la camilla. Luché con todas mis fuerzas pero cuando me pusieron el sedante, quedé dormido. Cuando desperté mi pecho estaba inflamado, mi cara también, me tocaba y sentía aire dentro de mí. Asustado, miré a todos lados y de pronto llegó mi mamá a quien le pregunté qué pasaba y no me supo responder. Solo me dijo,

tranquilo mijo, que en pocos días nos vamos para la casa. El ardor y dolor en mi pecho y garganta era infernal. Al parecer, el endoscopio había dañado o rasgado algo en mi esófago.

Así pasaron muchos días y semanas. Cada fin de semana, mi mamá me decía, en tres o cuatro días te dan de alta, pero pasaron casi dos meses antes de mejorarme. En ese tiempo me di cuenta que había muchas personas preocupadas por mí, que me visitaban frecuentemente. No podía comer absolutamente nada, simplemente sobrevivía con suero.

A principios del mes de enero, después de haber pasado todo diciembre en la clínica, no era mucho mi progreso. Los médicos aún no sabían cuál era el mejor procedimiento para impedir que la herida que me había ocasionado el endoscopio en el esófago, no se infectara. Ellos debían sacar el aire pero las posibilidades de dañar mis cuerdas vocales eran muy altas. Todo parecía empeorar. Los médicos decidieron ponerme una sonda; a mi mamá le decían que esto era muy incómodo para mí, pero esas eran las instrucciones del médico. Ellos le dieron las referencias del tamaño de la sonda a mi mamá quien muy triste se dirigió a comprarla.

Me cuenta mi mamá que la noche anterior a ese día había rezado mucho al Divino Niño Jesús implorando que mejorara mi estado de salud; que el día que tenía que comprar la sonda, decidió pasar por la iglesia del Divino Niño Jesús en donde rezó mucho. De ahí fue a comprar la sonda y luego se dirigió a la clínica donde encontró al doctor con otros médicos que discutían acerca de mi caso. Mi mamá se acercó y le preguntó al doctor que si la sonda era la correcta. El doctor le respondió que ya no era necesaria pues la herida que había sufrido mi esófago ya no aparecía; al parecer, ya había sanado "o nunca había estado ahí". Le dijo que si todo salía bien, en pocos días me darían de alta. Al otro día después de haber pasado muchos días sin probar bocado, me dieron un poco de gelatina y en los días siguientes sopas y arroz. La verdad, fue un milagro. Mi mamá está completamente segura que sí fue un milagro.

Aunque parecería raro, cuando recuerdo todo esto pienso en que si sobreviví fue por algo y siento más ganas de vivir. Entonces, la tristeza y soledad que siento a veces por la falta que me hace mi familia que vive en Popayán, desaparece. Pienso en luchar por mi sueño que es ser médico, salvar vidas, dar alegría y salud a personas que lo necesitan así como en algún momento, los médicos lo hicieron por mí. Conozco y viví en carne propia el sufrimiento de estar enfermo. Podría cumplir el papel de sanador herido como dice el profesor de historia de la medicina, Pedro Rovetto.